

DISCURSO

pronunciado por el doctor LUIS ZEA URIBE en la sesión solemne de la Academia de Medicina el 20 de septiembre de 1918.

Excelentísimo señor Presidente de la República, señor Ministro, honorables damas y caballeros:

Ha sido costumbre tradicional en nuestra Academia que a tiempo de verificarse el cambio de dignatarios, uno de sus miembros ocupe la atención de la muy escogida concurrencia que asiste a nuestra fiesta bienal, con el desarrollo de un tema científico de libre elección, que es lo que entre nosotros se llama el discurso académico. Esta tribuna ha sido, pues, ocupada ya por muy ilustres y sabios oradores; y ellos han llenado con tal maestría y acierto su cometido, que es más que natural que a los que venimos después, se nos deprima el ánimo y nos embarque el temor, por la magnitud de la tarea que se nos impone, y por la significación y relieve de los que nos escuchan.

Además: ¿qué es lo que se puede proponer y determinar entre lo que forma el acervo de nuestra triste, larga y monótona medicina, que sea digno de vosotros, que os despierte interés, y que al propio tiempo sea posible exponer sin esa avalancha de tecnicismos aberrantes y extraños, dando a la composición el sello de amenidad y deleite que reclama y merece este tan selecto auditorio? Después de haber pensado detenidamente en las dificultades del problema, y

no sin grandes vacilaciones nacidas en mí por el respeto que se os debe y por lo notorio de mi insuficiencia, me he decidido a elegir un punto tan ameno como curioso y extraño, y de gran significación a la vez, por las consecuencias que de estudios de esta naturaleza se desprenden, al tratar de someter al análisis las inexploradas regiones de la biología.

Pretendo haceros unas breves disquisiciones acerca de la manera como se constituye y forma la personalidad humana; respeto a los diversos factores que entran a formar la síntesis de nuestro propio yo, y muy particularmente al fenómeno denominado por los psicólogos *el desdoblamiento de la personalidad*; asunto que es considerado con creciente interés por los más altos representantes de la moderna psicología. Mucho se ha escrito sobre estas materias, que nos atraen con la fascinación del misterio, y se escribirá más aún, antes de que la ciencia haya dado una explicación satisfactoria e irrecusable de la esencia íntima de los singulares hechos que os voy a señalar; pero ello no obsta para que gran parte de los investigadores, algunos de sobresaliente valía, se hayan formado ya convicciones irreductibles al respecto, de las cuales no puede, por supuesto, hacerse solidaria la ciencia.

La particularidad de que estos sucesos se presenten espontáneamente en individuos considerados como normales en el medio ambiente en que les toca vivir; que se observen asimismo en personajes históricos, portaantorchas de la humanidad, héroes, poetas, genios y santos, da

un especial realce a la cuestión; y de aquí el interés que hoy toman los métodos científicos para explorar estas oscuridades de nuestro ser de una manera amplia y severa, sin prejuicios ni temores de ninguna suerte. El Profesor Charcot, en la Salpêtriére, observó muchos de estos fenómenos, pero él estimaba que no era el tiempo de ahondarlos todavía, pues aspiraba a poseer bases de inmovible fortaleza, y éstas no estaban echadas. Creía que el hombre de ciencia fácilmente puede hacer falsa ruta en medio de tanta sombra, cuando no se tiene brújula ni se lleva el timón. Pero desde entonces acá, una multitud de investigadores, sólidamente preparados, se ha lanzado sobre la tenebrosa senda, y los resultados obtenidos hasta hora nos hacen concebir las más halagadoras esperanzas en relación al conocimiento de nuestra personalidad, que se presenta hoy como un abismo sin fondo. Sobre estas cuestiones me propongo disertar tímidamente, exponiéndoo la manera como he comprendido el problema, al través de escasas y mal hilvanadas lecturas, si es que me lo permite vuestra generosa atención.

Ya habréis observado el cambio lento de la personalidad, que se va produciendo en cada uno de nosotros, al paso de los años. Si se comparan los gustos, las predilecciones, las tendencias, las costumbres y los hábitos de hombres provecos que tenéis hoy, con los que formaban el fondo de vuestra personalidad durante la alegre niñez y la generosa adolescencia, podréis concluir sin duda alguna que ellos son totalmente

distintos. Sobre cada cosa ya os habéis formado una síntesis psíquica diferente; casi pues sois, cada uno de vosotros, una nueva personalidad. Esos cambios se van verificando suavemente en todo individuo, y cuando ya se han apagado una a una las luminarias que enciende la juventud a la vida, el hombre entra en un modo de ser estable, con tendencias a la quietud y reposo, precursores del anonadamiento final. Pero aun así, es fácil hallar en cada existencia un hilo céntrico, sin grandes variaciones ni ondulaciones, que agrupa y sostiene los diversos elementos del yo, a la manera que las líneas de fuerza de los torbellinos de humo, en los experimentos de Helmholtz. Esa permanencia de la personalidad; eso que nos hace creer y expresar como un hecho indiscutible de nuestra conciencia: «Yo soy el mismo que fui de niño,», a pesar de las perpetuas variaciones moleculares del organismo, ha suministrado un argumento a la escuela espiritualista, para sostener como una necesidad que existe un principio fijo, que sirve de substratum a la materia orgánica incesantemente renovada. Prolijamente se ha debatido esta cuestión y se han emitido hipótesis de las que el método experimental llama hipótesis de trabajo, pero bien considerado el asunto, puede afirmarse que todavía permanece esto como un hondo enigma para la psicología.

Algunos psicólogos han comparado la vida de la especie con una corriente, con un río que adelanta sus ondas hacia el mañana inescrutable. Por la margen derecha se deslizan, a paso

rápido, aquellos individuos que parece van cumpliendo más aprisa su evolución y que quisieran arrastrar consigo el resto de sus contemporáneos. El hombre, para alcanzar el perfeccionamiento individual, debe evolucionar en tres vías diferentes: debe hacer una primera evolución en su parte moral, y ella se condensa en la delicadeza de su criterio para comprender lo que es bueno y lo que es malo y la fortaleza de su voluntad para querer aquello y rechazar esto, como que lo uno se opone y lo otro favorece los cardinales intereses propios que, en resumen, son los mismos de todos sus semejantes. Una segunda evolución es la científica, que ensancha los radios del conocimiento y se traduce por la percepción exacta de las causas y de los efectos, como tales, además de las precisas relaciones que median entre unas y otros, lo cual sirve al individuo para apreciar cambios, hechos y leyes del universo, sobre fundamentos de verdad que la razón acepta, según la amplitud de comprensión personal en cada uno. Y la tercera evolución es la estética, que se sintetiza en la comprensión de lo bello, esto es, que considera todo cuanto existe, desde el punto de vista de un ideal artístico, ideal enteramente mudable, pero a medida que la especie progresa, siempre es un ideal eminentemente superior.

Esas tres evoluciones no van cumpliéndose jamás de un modo paralelo y simultáneo para ningún individuo de la especie humana; y para los avanzados de la ribera derecha, la desproporción e inarmonía de las tres evoluciones es

aún más considerable. Es en esa categoría social en donde caben los videntes del porvenir, los revolucionarios audaces de todas las épocas, a los que quizás el futuro dará razón y llamará precursores, pero que, en el tiempo en que les toca vivir, se agitan dentro de un medio exótico y adverso. Inconformes con lo existente, todo lo quisieran refundir y renovar, y sueñan con moldes de actividad diferentes de los comúnmente aceptados, para encauzar en ellos las energías de sus compatriotas. No es raro anotar en tal clase de personas la manifestación de taras y desviaciones del tipo orgánico y psíquico que sirve de medida para el nivel ordinario, y de ahí que no pocos sociólogos clasifiquen individuos de esta naturaleza entre los degenerados superiores. Es en ellos donde prenden las lumbraradas del genio. Tomad al acaso unos cuantos nombres ilustres en la historia, y veréis su existencia en lucha abierta con la tendencia social en que cumplieron la misión de vivir, amargada y combatida por sus contemporáneos. Para esta clase de gentes es para las que se alzan siempre los calvarios.

La otra corriente, la que avanza por la orilla izquierda, está constituída por una masa de individuos con tendencias netamente retardatarias, que dentro de lo normal son un permanente obstáculo para el progreso. Para ellos creó Lombroso una palabra que está hoy admitida por todos los idiomas cultos: los llamó misoneístas. Adheridos a la tradición y a la rutina, y por otra parte, sin mayores capacidades de inteligencia, se incrustan en el pasado, como ideal

de perfección suprema, por no querer o por no poder darse cuenta de las innovaciones necesarias que trae la marcha de las sociedades hacia adelante. Son amigos de todo lo viejo; se pagan de nombres que nada valen ante la realidad de los valores prácticos, y son ellos los que suministran modelos acabados de rancias aristocracias derrumbadas ya, cuyos pergaminos son arrojados cada día a playas estériles por el oleaje de la tendencia democrática universal. Son representantes de un pretérito que parece no ha de volver nunca.

Es de advertir que tanto los avazados de la ribera derecha como los retardatarios de la izquierda, ocasionan a veces graves dificultades para la vida pacífica de los pueblos, pues sus principales tendencias, como encontradas que son socialmente hablando, dan lugar a la explosión de actividades extremas contrapuestas, que conducen a la intolerancia agresiva o a la obstinación fanática.

Por el centro del río adelantan, a paso medurado, los de mayor número, que son la fuerza estable de las naciones, simbolizan en ellas el equilibrio constante. Son los mediocres, si queréis, pero se encuentran equidistantes de los extremos, y no originan nunca perturbaciones de carácter general. Son ellos los que dan las leyes, los que imponen las normas de las costumbres, que más o menos mudables, sirven de exponentes del adelanto en los diversos pueblos.

Tenemos ya considerado al hombre como miembro del agregado social y en relación a la

colectividad misma. Ahora vamos a considerar al individuo en sí, como unidad estrictamente diferenciada.

Puede estimarse el yo como un resultado de varios factores que confluyen hasta formar la unidad orgánica y psíquica individual, que se observa en cada uno de los miembros de la especie humana. Estos factores son:

Primero, un elemento de valor personal, una cantidad invariable en cada uno, que se representa por las condiciones de salud, de integridad orgánica física con que el individuo viene al mundo. En este factor puede aceptarse que el sér que nace viene dotado de potencialidades más o menos grandes, es decir, con una capacidad del *devenir*, de llegar a sér. Esto puede explicarnos lógicamente el porqué de esos niños prodigios, que desde los primeros pasos de la vida asombran con producciones de una intelectualidad superior y maravillosa. Mozart, componiendo obras musicales sorprendentes a los nueve años, y Pascal, resolviendo todos los postulados de Euclides a los doce, no pueden comprenderse sin una especial dotación orgánica, por medio de la cual pudieron ellos matar sus singulares aptitudes.

El segundo elemento de nuestra personalidad es un factor atávico y ancestral, caracterizado por líneas convergentes y divergentes de herencia, cuya extensión es imposible determinar para cada uno, ya que las leyes filogénicas se refunden y concentran en el ente, esto es, que la vida de la especie, más aún, de la raza, más aún, de la familia, se sintetizan en el indi-

viduo, considerado éste desde su estado prístino de embrión hasta la más avanzada senilidad.

El tercer elemento de la personalidad humana está también representado por un factor personal y propio, pero eminentemente variable para cada individuo. Se refiere a las adquisiciones hechas por el sér, en el medio ambiente en que pasa la vida. Estas adquisiciones, logradas por el estudio, por la educación y por la experiencia, convierten en imágenes nemónicas, que se guardan en alguna parte recóndita de nuestro yo, en el eje cerebro espinal según unos, en la parte intelectual según otros, pues aquí empiezan a partir sus campos las dos escuelas: materialista y espiritualista.

Por una síntesis prodigiosa, en la personalidad se mezclan y confunden esos tres elementos para hacer surgir la conciencia, que se puede reputar como el control decisivo de nuestros propios actos. Hasta aquí, es una verdad inconcusa que nada existe en las facultades intelectuales del hombre, como forma de conocimiento, que no haya entrado por los sentidos, según el aforismo aristotélico. Y hasta este límite se puede aceptar que lo que denomina la conciencia, así considerada, es una cifra de valor normal, digamos una conjunción psicológica, una entidad, con aptitudes para formar juicios y apreciaciones en relación con lo que sea objeto de las actividades de la inteligencia.

Pero, según parece, esto no constituye toda nuestra personalidad. Hay hechos irrefragables que vienen a comprobar que en cada uno de nosotros existe una subconciencia; expliqué-

monos más: un subsuelo del sér inteligente, que pasa desconocido las más de las veces en el hombre, y que en algunos no se manifiesta jamás, pero que, a juzgar por los efectos que produce, parece dotado de potencialidades supra-sensoriales prodigiosas. Esa subconciencia se muestra en circunstancias impensadas, extrañas y difíciles, y muchos psicólogos han llegado a personalizar, mejor dicho, a individualizar esa fracción luminosa y recóndita de nuestro yo. Es lo que Maeterlink designa con el nombre de «huésped desconocido»; es el *yo* subliminal de Miers, el «sér subconsciente» de Gyel, el *yo* III de Ochvrowicz. Para este último autor el *yo* II es la personalidad que surge algunas veces después del primer desdoblamiento hipnótico. Quizás constituye esa subconciencia la fuente de donde emana la inspiración de los grandes artistas, y hay una teoría psicológica que explica la aparición del genio como una resultante de una organización psíquica especial que hace permeables completamente los planos de la conciencia ordinaria a las vibraciones del subconsciente interior que se manifiesta al través de una vida por fúlgidos destellos.

Para que os deis cuenta de la manera como interviene el subconsciente en los actos de la inteligencia, según el modo de pensar de ciertos psicólogos, me permito citaros algunos ejemplos, que os harán ver además las curiosas circunstancias en que se patentiza su acción. El gran geólogo Agazzis trabajaba en su magna obra de Ictiolitología, esto es, en la preparación y cla-

sificación de los peces fósiles. La determinación de las especies extinguidas era en realidad una empresa bastante difícil, pues la labor se hacía sobre esquistos, pizarras y otras piedras donde habían dejado sus impresiones los peces, y éstas se hallaban más o menos borradas. Uno de esos peces, el *ciclopoma spinosum*, le costó grandes desvelos, pero vino a salir súbitamente de apuros con una visión nocturna, que él refiere de la siguiente manera. Habla Agazzis:

«Según se encontraban aquellas planchas cuando fueron reproducidas en la Ictiolitología (antiguo atlas de fósiles), hubiera sido difícil determinarlas exactamente. Yo gasté bastante tiempo en clasificarlas. Sin embargo, mis dudas acerca de este pez se desvanecieron en virtud de una circunstancia harto rara para que me considere obligado a contarla. Durante quince días había intentado reiteradamente determinar ese fósil, pero sin ningún resultado. Cuando vi que mis investigaciones eran inútiles, desistí de mi empeño. Sin embargo, una noche desperté convencido de que había encontrado la solución del problema que me preocupaba, porque acababa de ver en sueños a mi pez, perfectamente reconstituído en todas las partes que no pude descubrir en las huellas de los esquistos. Pero al esforzarme por retener aquella imagen y estar seguro de mi hallazgo, desapareció todo. Muy de mañana acudí al Jardín Botánico, para ver si tropezaba de nuevo en las señales algún vestigio que me pusiera en los rasgos de mi visión. Fue en vano. Como en los días precedentes, no vi, sobre todo en la cabe-

za, más que un informe montón de huesos que parecían completamente fracturados. En la noche siguiente se repitió la misma visión, pero sin mejor resultado para mí; cuando desperté, desapareció todo. Esperando que una tercera visión me facilitaría la clave del enigma, preparé, antes de acostarme, papel y un lápiz para trazar durante la noche lo que viera. En efecto: al amanecer sentí que mi pez se presentaba de nuevo a mi espíritu; primero confusamente, pero algo más tarde con tanta claridad, que no tuve duda ninguna acerca de sus caracteres zoológicos. Medio dormido y medio despierto, y en la oscuridad más completa, los tracé sobre el papel que había preparado. Por la mañana me sorprendió sobremanera ver en mi diseño nocturno rasgos que reputé de imposible reconstrucción sobre la plancha, y en particular un preopérculo dentado y armado de gruesas puntas en su borde inferior. En seguida me encaminé al Jardín Botánico, y después de varias horas de trabajo, conseguí, con la ayuda de mis buriles y de mi martillo, descubrir todas las partes de la cabeza que se distinguen con perfecta claridad en la plancha número 1 y que en la lámina de la Ictiolitología faltan en absoluto.»

Como veis, durante el sueño, que no es siempre el reposo del cerebro, como creen los fisiólogos, Agazzis tiene una visión, venida quién sabe de dónde, que le esclarece la solución de un arduo problema científico. ¿Cómo puede explicarse esto? En los estados normales, la percepción visual se verifica por imágenes pintadas en la retina, que el nervio óptico trans-

mite a los tálamos y aun a los tubérculos cuadrigemelos, origen primitivo y real del aparato de la visión. Pero en este caso de Agazzis, ¿en dónde se generó la imagen vista? Indudablemente en los centros sensoriales ya citados; pero esa imagen no entró seguramente por el ojo, que se hallaba velado por los párpados durante el sueño, y con toda probabilidad tampoco recorrió el nervio óptico. Hay un hecho de la fisiología que arroja sobre estos fenómenos alguna luz, y es el siguiente: los nervios sensoriales, que son filetes de una sensibilidad especializada, devuelven las excitaciones que reciben en la misma forma de sensibilidad específica para la cual están destinados. Así, por ejemplo: si se punza la retina, no se sentirá dolor, pero sí dará la sensación de una luz deslumbradora. Lo mismo ocurre con cada uno de los filetes destinados a los diversos órganos de los sentidos. Esto que acaece con los filetes nerviosos, ocurre con los centros sensoriales con mayor razón, y todos podemos verificar la existencia de las imágenes entópticas en el período hipnagógico del sueño, cuando, contra nuestra voluntad muchas veces, surgen visualizaciones en el mundo interior, rostros, jardines, panoramas, etc., en fin, todo lo que constituye esa fantasmagoría irreal que nos asalta, una vez cerrados los párpados, en el momento de dormirnos. ¿En qué puede consistir esto, que fue ya estudiado por Griesinger? Indudablemente son excitaciones, llegadas al centro sensorial, vibraciones partidas de puntos de actividad aislados, que las células especializadas devuelven en imágenes. Esto explica

con toda claridad las curiosas transferencias de los sentidos, observadas por Lombroso y otros psicólogos, de individuos que han llegado a leer por el tacto, cosa que se observa también en el sonambulismo espontáneo, en casos rarísimos, es verdad, pero no por eso menos evidentes y ciertos. Ahora bien: en el caso de Agazzis, ¿cómo explicar la llegada de una excitación al centro de la vista, que se traduzca luego en una imagen viva, que corresponde a un pez desaparecido en las primeras edades del mundo, y que probablemente el ojo humano no había visto jamás?

Sófocles sueña que Hércules se le aparece, y le indica cuál es el individuo autor del robo de la copa sagrada, hecho que acaba de suceder en el templo consagrado a su culto. El gran trágico griego despierta sobresaltado, da parte a las autoridades, se hacen las investigaciones del caso, y el hecho resulta cierto. Pero, ¿quién es Hércules? Una divinidad de la mitología gentilica, la personalización de la fuerza muscular del hombre, es decir, un personaje que no existió nunca. Se ha dicho que el caso de Sófocles fue lo que se denomina hoy una inspiración, palabra que sirve únicamente para designar un fenómeno, pero que no lo explica en absoluto. En este sentido, quizás sea verdadero aquel hermoso pensamiento de Schiller: «El alma no participa de los desmayos de la materia. Durante el sueño despliega sus alas radiosas y se va, Dios sabe dónde. Lo que ella hace entonces, nadie puede decirlo, pero la inspiración traiciona a veces el secreto de sus peregrinaciones nocturnas.»

Se pueden citar, como que observaron en ellos el trabajo psíquico durante el sueño, según sus propias declaraciones, a Condorcet, Franklin, Michelet, Condillac y Arago. Voltaire refiere haber soñado un canto de la *Henriada*, de otra manera distinta de como pensaba escribirlo; La Fontaine compuso en sueños su fábula de *Las dos Palomas*; Cardán compuso una de sus obras, en su integridad, mientras dormía, y Maignin encontró de la misma manera teoremas importantes.

Dice Burdach:

«He tenido a menudo en mis sueños ideas científicas tan brillantes, que ellas me despiertan. En muchos casos se refieren a asuntos sobre los cuales me estaba ocupando durante la vigilia, pero en otras ocasiones me son completamente extrañas en su contenido.»

El caso de Coleridge es más preciso aún: Coleridge se duerme leyendo, y al despertar tiene plena conciencia de que ha compuesto dos o trescientos versos, que le bullen en la memoria y que no tiene sino que escribir. Cincuenta y cuatro fueron escritos tan rápidamente como corría su pluma, pero habiendo sido interrumpido por alguien, que estuvo cerca de una hora hablándole de negocios, con gran sorpresa y mortificación suya, Coleridge notó que en ese tiempo los demás habían huído de su memoria. Salvo la idea general que le quedaba, apenas pudo reconstruir ocho o diez estrofas dispersas.

En algunos casos la acción del subconsciente se acompaña de un sueño alucinatorio: Tartini sueña que el diablo se le aparece, coge su violín,

y en él toca una sonata maravillosa. Despierta bruscamente sobresaltado, y escribe en seguida la *Sonata del Diablo*.

Pero esta influencia del subconsciente se manifiesta no solamente durante el sueño sino también durante la vigilia. La inspiración llega acompañada de un estado de obnubilación concienzual, más o menos completo. Oíd cómo trabaja Mozart:

«Cuando yo me siento bien y estoy de buen humor, ya sea que salga en coche o que me pasee después de una buena comida, también durante la noche, cuando no puedo dormir, mis pensamientos musicales me vienen en tropel lo más cómodamente del mundo. ¿De dónde y cómo me llega todo esto? No puedo imaginármelo, pero yo no entro en ello para nada. Todo, la invención y la ejecución, se producen dentro de mí, como si fuera en un hermoso sueño, bien preciso y distinto. Se puede perfectamente molestarme mientras escribo, pueden moverse y agitarse a mi alrededor, y yo continuo escribiendo. Yo puedo hablar de todo, de gansos, de gallinas, de Gretchen, y a pesar de ello mis pensamientos surgen nítidos y completos.»

Manuel Gutiérrez Nájera, poeta mejicano, de un temperamento lleno de delicadeza y de ternura, portalira con derecho divino, según afirman sus críticos, sentía el mismo fenómeno. *Nada es mío*, se titula una de sus más hermosas composiciones, y en ella explica a Rosa, una confidenta de sus intimidades, la manera como aparece en él la inspiración poética:

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
 A mi curioso espíritu las puertas.
 Los versos se entran sin pedir permiso,
 Mi espíritu es su casa; Dios los manda
 Con cédula formal del Paraíso,
 Para que aloje a la traviesa banda.
 Algunos, a mis castas ilusiones
 Escandalizan con su alegre charla;
 Esos son los soldados, los dragones,
 Los que trae en su clámide sombría,
 ¡Húmeda noche tras caliente día!
 Otros, aquellos huéspedes pequeños,
 Se detienen muy poco. Los risueños
 Cantan, mis penas con su voz consuelan,
 Sacuden las alitas y se vuelan.

Y como la personalidad de Gutiérrez Nájera está francamente polarizada al sentimentalismo y a la tristeza, añade:

¡Los tristes! . . . ¡Esos sí que son constantes!
 ¡Alguno, como fúnebre corneja
 Posada en la cornisa de la torre,
 Mientras la noche silenciosa corre,
 Hace ya mucho tiempo que se queja!
 ¡No soy poeta! ¡Ya lo ves! ¡En vano
 Halagas con tal título mi oído!
 ¡Que no es sinsonte o ruiseñor el nido,
 Ni tenor o barítono el piano!

Alfredo de Musset, poeta en el más amplio sentido de la palabra, naturaleza frágil, enfermiza y femenina, que llevó una vida de pasión, de amor y de lágrimas, la víctima más cruelmente atormentada por la desesperanza, presentaba los mismos hechos. En su poesía titulada *Noche de diciembre*, da claros indicios de que él sufre el desdoblamiento en la personalidad. La influencia del subconsciente es tan notoria en él, que la atribuye a una entidad extraña a su propio yo. Suyos son estos versos:

On ne travaille pas, on écoute, on attend
C'est, comme un inconnu que vous parle à l'oreille.

Se ve, por los ejemplos aducidos, que la personalidad parece estar constituída por dos elementos o partes diferentes: la una superior, que elabora las producciones más intensas y notables del trabajo psíquico, sin que se dé cuenta de ello muchas veces la conciencia ordinaria; y la otra una porción inferior, dentro de la cual se controlan los actos de la vida común. La gradación en que se traen los casos referidos es bien significativa. En Mozart, la obra musical viene hecha, nítida y completa, y se le impone sin que sea un obstáculo para ello las distracciones que se le hagan hacia otros objetos; sin embargo, él se pregunta: ¿De dónde viene todo esto? En Gutiérrez Nájera la inspiración surge variada y pura, pero como venida de lo ignoto, y su conciencia ordinaria es apenas un recipiente, un vaso a esa dádiva de lo desconocido. En Musset el fenómeno es tan acentuado ya, que él lo atribuye a una influencia extraña a sí mismo. Es alguien que le habla en el oído.

Hasta aquí los hechos podrían explicarse en rigor por la teoría llamada poligonal de Grasset, en que se admite o se supone un centro *O* del psiquismo superior, en tanto que los centros psíquicos inferiores del polígono llegan hasta aislarse, y muchas veces a desconocer la existencia de ese centro *O*, que sería el subconsciente. Los centros inferiores pueden en ciertos casos constituir una semiconciencia disgregada y caen frecuentemente en el automatismo. Según tales teorías, que en realidad son sólo hipótesis de

trabajo, la abstracción, que es una nueva forma de contracción de la personalidad, no sería otra cosa que un desalojamiento del *yo*, de las partes inferiores del eje cerebroespinal hacia el centro superior o centro psíquico propiamente dicho. Así podría explicarse el porqué los hombres que se entregan a las más altas especulaciones de la mente, no se dan cuenta de lo que sucede a su alrededor. De Diderot se decía que ignoraba las horas, los días, los meses y hasta las personas con quienes empezaba a hablar. Teófilo Gautier dice, hablando de Balzac:

«Su actitud era la de un estático, la de un sonámbulo que duerme con los ojos abiertos. Perdido en una soñación profunda, él no entendía ni oía lo que se le hablaba.»

Ha sido muy citado el caso de Arquímedes, que no notó en su abstracción la batalla formidable que se libraba en torno suyo, ni oyó la voz del soldado romano que le intimaba rendirse. Hegel terminó su obra sobre *Frenología del espíritu* el día 4 de octubre de 1806, en Jena, justamente el mismo día en que se estaban batiendo en las calles alemanes y franceses con el furor que acostumbran, sin que el filósofo se diera cuenta de ello. Beethoven, absorto en su inspiración, se sale medio desnudo por las calles de Neustadt, y es llevado a la cárcel como un vagabundo, sin que nadie quiera creerle que es Beethoven, a pesar de sus gritos. En Schopenhauer hay el mismo trabajo del subconciente, con producción genial, sin que la consciencia ordinaria advierta la manera como se cumple la labor:

«Mis postulados filosóficos—dice— se producen en mí sin mi intervención, en los momentos en que mi voluntad está como adormecida y mi espíritu no se halla dirigido en una dirección prevista de antemano. Así, mi persona es extraña a la obra.»

Todas estas raras, misteriosas y sorprendentes manifestaciones de nuestra parte psíquica, tienden a darle una aparente verosimilitud a una afirmación de la Teosofía, que es, por lo demás, un postulado metafísico improbable. Tal postulado puede resumirse así: «La vida ordinaria del hombre no es más que una faceta, un reflejo, una proyección sobre un lugar de padecimiento y de miserias, de un sér ignorado y superior, que reside en planos más altos de la espiritualidad.»

Pero el análisis de esta categoría de hechos es más complicado y difícil todavía, y ya muchos no caben dentro de las explicaciones suministradas por las teorías poligonales y geométricas de Grasset y de Janet. Tal sucede, por ejemplo, con el caso de Sócrates: Sócrates es la primera figura de la antigua Grecia, el descubridor del mundo moral entre sus contemporáneos, la personalidad más equilibrada y amable entre los filósofos anteriores a Jesús, y apenas es superado y ampliado por este majestuoso Maestro divino, cuatrocientos años después de su muerte. La obra de Sócrates se desenvuelve delante de las más prodigiosas mentalidades de la historia antigua: Platón, Jenofonte, Aristóteles, Euclides, etc., y a todas las domina y se les impone con la veneración y el respeto. Es una flor purísima de

los jardines inmortales del espíritu, que perfuma al través de los siglos el destino de la humanidad misma. Y sin embargo, Sócrates poseía una personalidad extraña a su propio *yo*, que lo acompañaba e inspiraba en todos los momentos de su existencia. Oigamos lo que él nos refiere en su *Apología*:

«Este genio protector mío, se ha pegado a mí desde mi infancia. Es una voz que no se hace escuchar sino cuando quiere separarme de lo que he resuelto hacer, porque jamás me excita a emprender nada.»

Contra Sócrates se lanzó la misma acusación que ha lanzado el vulgo de todas las edades contra los grandes reformadores de la especie humana, a los que debe ésta sus mejores adelantos.

«No cree en la religión, decían sus enemigos; la mezcla con prácticas demoníacas; es preciso que muera.»

Como Jesús, fue sereno al martirio y a la muerte. Oíd cómo raciocina después de que ha bebido la cicuta:

«La voz divina de mi genio familiar, que me hacía advertencias tántas veces, y que en las mejores ocasiones no dejaba de separarme siempre de lo malo, hoy, que me sucede lo que veis, que es lo que la mayor parte de los hombres tiene por el más grande de los males; esa voz, digo, no me ha dicho nada, ni esta mañana cuando salí de casa, ni cuando he venido al tribunal, ni cuando he comenzado a hablaros. Sin embargo, me ha sucedido muchas veces que me ha interrumpido en medio de mis discursos, y

hoy a nada se ha opuesto, haya hecho o dicho yo lo que quisiera. ¿Qué puede significar todo esto? Voy a decíroslo: es que hay trazas de que lo que me sucede es un gran bien, y nos engañamos todos sin duda, si creemos que la muerte es un mal. Una prueba de ello es que si yo no fuera a realizar hoy un gran bien, el Dios no hubiera dejado de advertírmelo como acostumbra.»

Un crítico francés, M. Lelut, ha querido analizar el caso de Sócrates, ahora, con más de dos mil años de la distancia en el tiempo, y emplea para ello un criterio inadmisibile. Sostiene que Sócrates fue toda la vida un alucinado. ¿Alucinación? La ironía amarga de Hamlet responde a estas apreciaciones: ¡Palabras, palabras, palabras!

Juana de Arco es otro personaje histórico que ofrece fenómenos semejantes a los de Sócrates, los que la llevaron durante su vida a la realización de las más heroicas empresas. Para Renán, Juana de Arco es la manifestación más característica del espíritu de la raza celta, dotada de un sentimiento profundo del porvenir y de sus destinos eternos, acompañada de la creencia en el dogma de la resurrección de los héroes, en un vengador futuro, en un Mesías. La personalidad de la sublime doncella pasaba aun a los ojos de personas ilustradas y cultas, por una heroína de carácter mal definido y equívoco, antes de la publicación de las piezas del proceso, pero hoy ha entrado en la plena posesión de su gloria. Las manifestaciones de la doble personalidad empiezan a hacerse sentir cuando ella es demasiado niña.

«A los trece años—dice—oí una voz en el jardín de mi padre. Tuve miedo al principio, pero reconocí que era la voz de un ángel. Era San Miguel.»

Es la misma voz la que le aconseja tenazmente la salvación de la Francia.

«Hija de Dios, vé, vé, yo iré en tu ayuda.»

Cuando ella escucha las voces, entra en un estado de arrobamiento que siempre acompaña el éxtasis.

«Cuando yo oía las voces—declara—me encontraba en un goce tan grande, que quisiera siempre hallarme en ese estado.»

En épocas particulares de su vida, parece estar dotada de la extraña facultad de la doble vista: el 12 de febrero de 1428, advierte al Gobernador Baudricour que se han batido allá muy lejos, en Roubray, y que el combate ha sido funesto para las armas francesas.

«El Rey—dice—ha tenido una gran pérdida delante de Orleáns, y tendrá más aún si no me presentan a él.»

En Poitiers la examinan los doctores, y ella, con la timidez de una aldeanilla, pero al propio tiempo con faz iluminada y resuelta, sostiene sus puntos de vista invariables, y en pocas frases expone la campaña que va a emprender.

«Los ingleses—dice—como si estuviera leyendo el porvenir, serán derrotados y destruidos; tendrán que levantar el sitio de Orleáns; el Rey será consagrado en Reims y el Duque de Orleáns volverá a Inglaterra.»

Poco tiempo después la predicción estaba cumplida en todas sus partes. En la prisión, y ya sabiendo la suerte que se le esperaba, en tanto que se le preparaba la hoguera que debía consumirla, se la vio pasearse y hablar con lo invisible.

—¿Con quién habla usted? preguntaron los carceleros.

—¡Hablo y paseo con Santa Catalina y con Santa Margarita, que vienen a consolarme!

Se tiene pues al analizar estas dos vidas, la de Sócrates y la de Juana de Arco, que la integridad psicológica se conserva en ellos, no obstante haber sido asesorados por una personalidad secundaria que influía en sus acciones cotidianas y los impulsaba a cumplir heroicas hazañas y misiones trascendentales para la especie. Una y otra existencia se muestran en la historia llenas de unidad y de armonía, en las principales líneas de su actividad más noble y sostenida, y ambos han pasado a la posteridad como ejemplos de la más acendrada virtud y grandeza de alma, elevadas cimas que rara vez se alcanzan, pero adonde convergen las más puras aspiraciones humanas. Esto viene a comprobar la tesis sostenida por Pierre de Boismont, desde mediados del siglo pasado, cuando creía que esos estados alucinatorios permanentes (así los llamaba él) no eran siempre un indicio de desequilibrio mental.

La observación clínica ha demostrado que es posible ver manifestarse dos personalidades diferentes en el mismo organismo, obrar una y

otra alternativamente, por espacios más o menos largos, sin que la una se dé cuenta de la existencia de la otra. Es éste el punto explotado en el teatro moderno, en la obra alemana titulada *El Procurador Haller*, que ha sido tan bien recibida en los públicos ilustrados. Y lo más particular de todo en tal orden de fenómenos es que para presentarse una personalidad y anularse la que existía, media un estado de sueño profundo, una letargia invencible que semeja una pequeña muerte. El primero que llamó la atención sobre estos singulares sucesos fue el profesor Azzam, con la historia clínica de Félida, y después de él las observaciones se han multiplicado entre los psicólogos.

Félida era una muchacha de quince años cuando Azzam la vio por primera vez. De carácter serio, casi triste, laboriosa e inteligente. Todos los días, sin causa conocida, y en ocasiones bajo el impulso de una pasajera emoción, caía en lo que ella llamaba su crisis, es decir, en su estado segundo. ¿Cómo se produce el hecho? Oigamos al profesor:

«Está sentada con un trabajo de costura en la mano; de repente la sobrecoge un fuerte dolor en la región temporal, y se duerme en un sueño pesado, del cual no pueden despertarla. Así permanece por tres minutos. Cuando torna a la razón es otro ser diferente del que era antes. Ya no siente las neuralgias que la atormentaban, es alegre, risueña, de una inteligencia vivaz y es traviesa y juguetona con sus amigas. En esa segunda condición no tiene lagunas en su memoria; todo lo recuerda con lucidez.»

En los primeros tiempos en que se empezó a observar este curioso sujeto, los estados secundarios no duraban sino unas pocas horas; pero después se fueron alargando hasta igualar los períodos de condición normal y aun sobrepasarlos. Así se vio el caso de que en una semana, por ejemplo, aunque se encontraba Félida en su condición ordinaria, ignoraba lo que le había sucedido en la semana anterior; y a la semana siguiente, con la nueva personalidad que surgía, recordaba toda su vida. Más tarde los estados secundarios se alargaron considerablemente, llegando a durar hasta cuatro meses, en tanto que los períodos normales eran de tres o cuatro días solamente. En esos momentos su existencia era una positiva tortura, porque un olvido completo envolvía todos sus actos. Posteriormente se tornó a notar la oscilación en retroceso, y volvieron a equilibrarse los dos estados en duración.

Respecto a las diferencias psíquicas entre las dos personalidades, el profesor se expresa así:

«Sus facultades intelectuales y morales, aunque diferentes, se encuentran incontestablemente en su integridad. No hay ideas delirantes, ninguna falsa apreciación, tampoco hay alucinaciones. Aun me atrevo a decir que en ese segundo estado, en esa condición secundaria, todas las facultades parecen más desarrolladas y más completas. Esa segunda vida, en que no aparece el dolor físico, es muy superior a la otra.»

Las personalidades que se muestran, como en el caso citado del profesor Azzam, surgen las más de las veces espontáneamente, y así han sido estudiadas por la mayor parte de los observado-

res. Pero el método experimental dispone de procedimientos suficientes para obtener el fenómeno cuando se cuenta con individuos apropiados, que son a la verdad muy escasos. El medio que ha sido más frecuentemente empleado es el de las maniobras hipnóticas, pero en la interpretación de los resultados obtenidos se han hecho manifiestas diferencias de apreciación por las dos grandes escuelas de la Salpêtrière y de Nancy. Para la primera, los fenómenos se presentan mediante la existencia de un estado neuropático impreciso, un desequilibrio orgánico comparable a una neurosis como la histeria; para la escuela de Nancy, todo es sugestión. Quizás ambas escuelas tengan razón o no la tiene ninguna. Hay evidentemente circunstancias en que la sugestión hipnótica provoca la aparición de personalidades que traen una factura postiza, sin ningún sello de originalidad; esto lo ha demostrado el profesor Richet con experimentos que son clásicos. Pero en cambio, en otras ocasiones, y sirviéndose de individuos excepcionales, se puede observar el hecho con caracteres enteramente diferentes, porque la personalidad que se manifiesta no viene por sugestión alguna, y muestra las señales claras de ser una distinta personalidad de la que constituye la vida normal del sujeto. Esto se puede apreciar en la siguiente historia clínica publicada por el profesor Janet en la *Revista Filosófica*, en el año de 1888, con el título de *Actos inconscientes en el sonambulismo*. El experimento en sí se reduce a duplicar el sueño hipnótico, cosa que aumenta la lucidez en el sonámbulo, como ya lo habían observado los mag-

netizadores. Si a una persona que se encuentra en sonambulismo provocado se hipnotiza de nuevo, aparece un segundo sér, una nueva personalidad distinta de la anterior. Los hechos son estos en la observación de Janet:

La personalidad de la señora X, aldeana, casada, con hijos, de carácter suave, dulce y calmoso, desaparece y es sustituida en el estado hipnótico por otra persona que dice llamarse Leontina, alegre, decidora, aguda y burlona. Cuando despierta, cuando termina el experimento, la señora X parece que surge de la nada. Pero Leontina se acuerda de todo; no sólo de lo que ha sucedido en esos estados, sino de la vida entera de la señora X, a la cual califica de pobre mujer, de bestia, y con la cual no quiere que la confundan. Leontina mide perfectamente el tiempo que media entre una y otra hipnotización, y es, en suma, una personalidad que se hace presente siempre que se facilitan las condiciones de su manifestación. Puede afirmarse que la existencia de Leontina depende del estado hipnótico, así como la personalidad de la señora X depende del estado de vigilia. Son pues dos seres que se sustituyen en el mismo organismo, según se encuentre éste, despierto o hipnotizado. La señora X, cuando despierta, no recuerda las órdenes que se le han dado estando dormida para cumplirlas después de despertar. Si se le dice, por ejemplo: señora X, usted se quitará mañana a mediodía el delantal, a la misma hora señalada la señora X, en plena vigilia, se lo quita sin darse cuenta de ello. Si en ese momento se le indica que se le va a caer el delantal, vuelve a po-

nérselo, pero inmediatamente lo suelta otra vez para cumplir la orden dada. La señora X, es decir, la personalidad normal que actúa despierta, no recuerda semejante orden. ¿Quién es, pues, la que hace que sus manos desaten de nuevo el delantal? ¿Quién? Si se hipnotiza de nuevo a la señora X, surge Leontina y confiesa riendo que ha sido ella.

—¿Porqué—dice—habéis prevenido a la señora X que se le caía el delantal?

Me he visto precisada a quitárselo de nuevo.

Leontina es pues, por confesión propia, un subconsciente de la señora X. Este subconsciente lleva mucho más lejos todavía las manifestaciones de su al parecer independiente personalidad. Aprovechándose de ciertos momentos en que la señora X cae en estado de distracción inconsciente, ella surge y escribe cartas al profesor Janet, las que van firmadas por Leontina. Estas cartas, que reflejan claramente el carácter de la personalidad secundaria, se presentan a la señora X, que no las reconoce como suyas, pues ni expresan su modo de sentir ni contienen su letra. En ellas Leontina insulta a la señora X, se burla de ella con fina ironía y hasta la amenaza en cierto tono de broma. Viendo la personalidad secundaria que la señora X rompía las cartas cuando caían en sus manos, sin entender lo que eran, Leontina tomó la precaución de guardarlas en un álbum, influyendo por autosugestión en el organismo de la señora X, y en ese sitio las recogía el profesor.

Se está tentado a creer, en presencia de estos hechos—dice el ilustre psicólogo español Sánchez

Calvo—que para el cumplimiento de las órdenes hipnóticas hay alguno que recuerda esas órdenes, que cuenta los días y las horas, y que por una ley aún desconocida, se cree obligado a cumplirlas. Esta personalidad que surge independiente de la señora X, y que dice llamarse Leontina, es la que el profesor Julián Ochorowicz, de Varsovia, ha designado con el nombre del *yo II*. Pero los hechos no terminan todavía: Janet observó que este *yo II*, el subconsciente de la señora X, la personalidad Leontina, tenía también actos inconscientes, lo que indicaba a las claras que también en el sonambulismo existían modos de ser idénticos a los que se muestran en la vigilia. Leontina, que se acuerda tan bien de todo lo que obliga a ejecutar a la señora X, no recuerda ciertos actos que distraídamente, en momentos de inconsciencia al parecer, ella misma ejecuta. Y dice Janet:

«Mientras que Leontina charla con las personas presentes, distraída y preocupada hasta el punto de olvidarse de mí, yo la mando por lo bajo hacer ramilletes de flores y ofrecerlos a los que la rodean. Nada más curioso que verla reunir flores imaginarias, pasarlas de una mano a otra, atar los ramilletes con cintas imaginarias también, y ofrecerlos gravemente a la concurrencia, sin darse cuenta de nada, y siguiendo su conversación.»

¿Quiere decir esto que hay otro subconsciente detrás de Leontina? Sí, puesto que ese subconsciente es capaz hasta de seguir una conversación por signos, apretando la mano o sacudiéndola para decir sí o nó, sin que Leontina lo advierta.

Pero este *yo III* es más libre; puede rehusar todo lo que se le exige y da señales de completa independencia en su voluntad, sin que Leontina, que ignora lo que sucede, deje de seguir hablando amigablemente con su hipnotizador.

Cuando Leontina escribe, otra personalidad que no es ella, expresa su voluntad de esta manera: Quiero venir. Para facilitar la aparición de ese tercer personaje se hipnotiza a Leontina. Esta se duerme a su vez, se borra y desaparece, exactamente como había sucedido a la señora X. Aparecen contorsiones, y entre síntomas cadavéricos, se muestra el segundo subconsciente, según Janet, el *yo III*, que dice llamarse Leonor. Habla al principio muy despacio; se diría que tarda en relacionarse con el mundo, del cual está lejos; sólo se pone en relación con el hipnotizador y en contacto con él. Este tercer personaje es grave, serio, de carácter formal, y no se distrae nunca porque está aislado, sin que necesite otro subconsciente que le ayude. Conoce perfectamente a la señora X y a Leontina, a las cuales considera como personas diferentes, y en cambio, éstas nada saben de ella y nunca la han nombrado. Nada se le escapa, ni en vigilia, ni en el sueño, ni en catalepsia, y se distingue de la señora X, a quien llama «la otra,» y de Leontina, de la cual dice:

«Veis bien que yo no soy esa habladora, esa loca: nosotros no nos parecemos en nada.»

En suma, Leonor, el *yo III*, recuerda y domina las dos existencias procedentes en todos sus detalles, conscientes e inconscientes, hasta el extremo de recordar que hace veinte años la

hizo aparecer también el doctor Ferrier, con quien se encontró al tratar de profundizar el sueño de Leontina.

En fin, todo lo que hace Leonor es consciente, lo subconsciente no existe para ella. Fue ella la que obligó a Leontina, o mejor dicho, al organismo de la señora X, a reunir y a atar los ramilletes imaginarios en cumplimiento de la sugestión. Fue ella también la que sorprendió a Leontina en cierta ocasión en que ésta se hallaba agitadísima, haciéndole oír una voz que le decía:

«¡Basta, basta! ¡Estate quieta, no estés incomodando!»

Es también ella la que obliga a Leontina, cuando está más entretenida conversando con los presentes, a sacar su reloj, para obedecer una orden sugerida. Es ella la que recuerda y explica todos los actos inconscientes de Leontina, y cuando a ésta se le sugiere, por ejemplo, que es una princesa, y se cree trasladada a un salón brillante, cortejada por el Marqués de Lauzun, personaje que ella misma inventa, Leonor se compadece de ella y dice:

«¡Qué tonta es esta pobre Leontina! Ella se cree convertida en princesa, sois vos quien se lo ha hecho creer.»

«Soy yo dice Leonor, refiriéndose a otros hechos la que os llamé la atención al brazo de Leontina, la que os he aconsejado que la hicieseis respirar. ¿No tenía yo razón?»

En este estado de segundo sonambulismo, Leonor ve, según dice después, una luz que va creciendo y a la cual adora sin duda, pues sus

facciones toman el aspecto del éxtasis, en el que no tarda en caer, dando en tierra con el organismo de la señora X si no se sostiene; sus cejas se arquean y se elevan; y se comprende que los ojos seguirían la misma dirección si no estuviesen bien cerrados. Sus manos se ponen en actitud de ruego.

El estudio de estas manifestaciones, sometido hoy al análisis crítico de los más agudos psicólogos, comprueba que la personalidad asume dos o más modalidades distintas, como se puede ver en los casos citados de Azzam y de Janet. Esa fragmentación produce entidades diferenciadas, y aun individualizadas; y al comparar las personalidades emergentes, se ve que son muy superiores a la personalidad normal. Leontina es superior a la señora X, y Leonor es superior a Leontina, tanto por el carácter serio que ofrece, como por su elevación moral.

Pero esa Leontina que se presenta, esa Leonor que se muestra después de una doble hipnotización en la cual hay signos de que el organismo se halla fuertemente conmovido, pues aparecen síntomas muy semejantes a los que el clínico observa en los estados agónicos, ¿son verdaderamente partes de una sola personalidad, o son, por el contrario, seres diferentes de ella? En este punto estriban las mayores dificultades del problema, y para formarnos una idea más completa de la cuestión, es preciso abordar otra serie de hechos, análogos en sus resultados a los ya descritos, y como ellos, profundamente explicables y misteriosos.

Se trata de esos estados cataleptoïdes, que

los psicólogos ingleses llaman *trance*, los que se manifiestan espontáneamente en algunas ocasiones, pero que en la mayoría de las veces aparecen después de cierto entretenimiento, en sujetos de excepción por lo demás. La fenomenología que ofrecen, en el hecho de hacer surgir personalidades, es tan variada, que de su estudio saldrá indudablemente la clave del enigma. Pueden considerarse estos individuos como autómatas que prestan su cuerpo a la manifestación de entidades extrañas, no ya una, ni dos, ni tres, sino hasta varios miles, y todas ellas con caracteres distintivos tan especiales, que es imposible confundirlas.

El análisis de semejantes hechos ha sido acometido únicamente en los últimos tiempos por meritisimos hombres de ciencia, entre los que podemos citar unos cuantos para no fatigar vuestra atención con listas interminables. Enrique Morcelli, César Lombroso y José Venzano, en Italia; William Crookes, Federico Myers, Alfredo y Oliverio Lodge, en Inglaterra, este último Rector de la Universidad de Birmingham; el Coronel de Rochas, Maxwell, el profesor Richet, en Francia; Serhenk-Notzinc, Carlidu Prel, Zllner, en Alemania; y en los Estados Unidos, los eminentes profesores William James, de la Universidad de Harward, y James Hyslop, de la Universidad de Columbia.

La persona que ha sido sometida a más frecuentes investigaciones es sin duda la señora Eleonora Piper, de Boston, dama a la cual ha dedicado la Sociedad angloamericana de estudios psíquicos cerca de veinticuatro volúmenes de actas y *comntes-rendus*, en el espacio de vein-

ticuatro años, en que se ha seguido de cerca. Fue ella la que convenció a William James, profesor de Psicología en la Universidad de Harvard, de que el aforismo de que «nada hay en el entendimiento que no haya pasado por los sentidos,» no es de una aplicación universal como se creía antes, y así lo manifestó el eminente psicólogo en una de sus más aplaudidas conferencias en el Instituto Inghersoll, de Nueva York. Oíd sus propias palabras:

«Para quebrantar la ley de que todos los cuervos son negros, no necesitamos demostrar que no hay cuervos, sino que existe un solo cuervo blanco, y mi cuervo blanco es la señora Piper. Sus trances y el análisis de sus estados medianímicos me convencen en absoluto de que existen en ella nociones que no le han sido allegadas por vía sensorial. ¿Cuáles son esas incógnitas rutas?, no he de ser yo quien lo diga, ni vislumbro el menor indicio por donde pueda tenerse una explicación satisfactoria, pero del hecho no abrigo el menor asomo de duda. Así es que cuando después de esta convicción por mí adquirida, reflexiono en el intransigente criterio con que la ciencia estudia esta cuestión, no admitiendo más verdad que la que se avenga a pasar bajo las horcas caudinas de sus presunciones, me resisto a compartir mi opinión con tan absoluta y sectaria manera de pensar. La ciencia significa ante todo frialdad, desapasionamiento por sus métodos. Suponer que sus resultados de hoy han de ser obra eterna, intangible, es interpretar lastimosamente su verdadero espíritu, degradándole al concepto de parcial bandera.»

¿Habéis oído bien? «Nociones que no le han sido allegadas por vía sensorial,» exactamente como acaeció durante el sueño al geólogo Agazzis.

Richet describe así el trance en la señora Piper:

«Ella tiene necesidad para caer en trance de coger la mano de alguien: tan pronto como hace esto queda por algunos minutos en la semi-oscuridad. Al cabo de algún tiempo, de diez a quince minutos, sobrevienen en ella pequeñas convulsiones espasmódicas, que se van exagerando hasta terminarse por una crisis epileptiforme muy moderada. Al salir de esta crisis, cae en un estado de estupor, con respiración estertorosa, que dura de uno a diez minutos; después sale de ese estado inconsciente con una expresión ruda. Su voz ha cambiado; ya no es la señora Piper la que está allí, es Phinuit, otro personaje que habla con modalidades viriles y voz ronca, con un acento que es mezcla de *patois* negro, de francés y de dialecto americano.»

¿Pero quién es Phinuit? Es una personalidad surgente; en el caso de la señora Piper, un control. ¿Y qué es un control? Es el sér misterioso que temporalmente se ha hecho dueño del organismo de la señora Piper, y que, según lo pretende, es mediante él como pueden llegar las otras personalidades. Parece hallarse ahí, para regularizar los medios de comunicación, a la manera que el mecánico se está al pie de la máquina para que ésta funcione bien. Phinuit fue por varios años el único control de la sonámbu-

la; después se manifestó una nueva personalidad con el nombre de Jorge Rhelam, y en los últimos tiempos, ésta ha sido sustituida por cuatro diferentes entidades que se nombran con palabras latinas. Durante el régimen de los varios controles, se ha podido hacer el estudio de una gran cantidad de personalidades secundarias; tal vez pasan de mil, y lo verdaderamente inexplicable es que estas personalidades, con caracteres propios cada una, que permite ser reconocida y diferenciada, aportan a los consultantes tal número de datos, de nociones, de conocimientos, que es imposible, de toda imposibilidad, pensar que se hallen en el cerebro de la autómeta. Ya se ha escuchado en este sentido la opinión de William James, y ese ha sido el mismo resultado a que llegan todos los investigadores que se acercan a examinar el caso, valiéndose para ello del máximum de rigor que reclaman las comprobaciones científicas.

Ahora bien: ¿Qué es lo que se debe deducir de la discusión concienzuda, de toda esta inaudita y misteriosa fenomenología que os acabo de exponer? Quizás no queda como hecho indiscutible sino éste: la personalidad humana es un abismo lleno de sombras todavía, que no va entregando sino uno a uno, y con grandes dificultades, sus más interesantes secretos. A medida que se explora y que se ahonda en ella, sucede al investigador lo que al buzo en las profundidades del mar: se hace más densa la oscuridad y se pierde la ruta.

¿Tienen razón los que creen que en la personalidad humana sucede lo mismo que a las amibas en el mundo orgánico, que se desmenu-

zan, se disgregan en partículas y cada una de ellas puede reconstituír la personalidad original, y aun llegar a ser otro individuo diferente? ¿Será verdad que estas personalidades secundarias así formadas disponen de medios ignorados e incomprendibles para adquirir nociones y conocimientos, no ya en inteligencias separadas por la distancia, sino también en aquellas separadas por el tiempo y que ya han franqueado los lindes de la sepultura? O ¿tendrán razón los que, como el gran Lombroso, sir Oliverio Lodge y James Hyslop creen que vivimos dentro de un medio poblado por seres invisibles, que pueden intervenir en nuestra existencia en determinadas circunstancias y se hallan dotados de otros medios de conocimiento y de una inteligencia superior? ¿Qué dice de todo esto la ciencia?

La ciencia calla, investiga y espera. Ella concede a sus trabajadores el pleno derecho de formarse sus convicciones personales sobre los hechos que se investigan, pero no se solidariza con nadie, ni prohija las interpretaciones que se dan, por más incontrovertibles que parezcan, como conclusiones eternas y definitivas. Eso es lo que tiene de grande y majestuoso el método experimental, y eso es lo que ha establecido su primacía y la adhesión de la razón humana, por sobre los demás medios de adquirir la verdad. El continuo tejer y destejer hipótesis, de revaluar las adquisiciones, va dejando un saldo de nociones indiscutibles, y eso es lo que constituye la ciencia. Mediante ella, el hombre ha podido elevar su condición primitiva, dignificar su entendimiento, libertar su razón y poner a su servicio las fuerzas brutas y ciegas de la naturaleza.